

# Discurso de recepción del académico Francisco Avelino García\*

Roberto Cassá\*\*

Reviste para mí un honor muy especial la encomienda de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia de responder el discurso de ingreso como miembro de número del doctor Francisco Antonio Avelino García. Me place de sobremanera, en primer término, por el talento que conozco del doctor Avelino, cuya amistad me honra desde hace largo tiempo y porque su disertación aborda un problema de suma importancia para la comprensión de los meollos de la historia dominicana del siglo vigésimo.

Pero antes de extenderme en la ponderación de las virtudes de nuestro nuevo colega numerario, debo comenzar evocando la memoria de su hermano, el doctor Andrés Avelino hijo, recientemente fallecido. Los hermanos Avelino García tuvieron el privilegio de haberse nutrido del saber de su padre, el profesor Andrés Avelino García, pensador de trascendencia universal, creador de un sistema filosófico, un logro único en los anales de la cultura dominicana y de escasos parangones en América Latina. Y no se trató de que recibieran únicamente un saber, sino que inmersos en el ambiente familiar y en el entorno del país de su juventud, se encontraron aptos para desarrollar un compromiso ético con las mejores

---

\* Pronunciado en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del jueves, 16 de octubre de 2003.

\*\* Miembro de número y presidente de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia.



causas del pueblo dominicano, el cual los ha acompañado invariablemente.

Al igual que nuestro nuevo colega, su hermano el doctor Andrés Avelino García hijo creció con la llama de la oposición a la dictadura de Trujillo. Desde esa postura libertaria, acogió la ideología del socialismo como referente de su trayectoria vital. Y dedicó su vida al sagrado oficio de la enseñanza, poniendo sus conocimientos al alcance de miles de sus alumnos en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde ocupó la posición de decano de la Facultad de Humanidades, poco después de iniciado el Movimiento Renovador en 1966.

Filósofo de formación, especializado en problemas de lógica dialéctica, Andrés Avelino hijo mostró interés en los asuntos históricos, orientándolos hacia la historia militar, rama de la cual se hizo un verdadero especialista. Fruto de tal interés, en los últimos meses de su vida emprendió, en compañía de su hermano Antonio, una investigación acerca de la vida llena de realizaciones de Máximo Gómez, libertador de Cuba. Inquietudes de ese tipo lo acercaron a nuestra Academia, de la cual recibió, por resolución formal de la Junta Directiva, la condición de miembro colaborador, una categoría consignada en la última reforma a los estatutos con el fin de que todos aquellos interesados en el estudio de la historia dominicana puedan tener cabida entre nosotros.

Por consiguiente, este acto de ingreso del doctor Francisco Antonio Avelino es propicio para rendir homenaje a la trayectoria honesta y fructífera de su hermano recién fallecido, también nuestro compañero de Academia, haciéndome eco del sentir unánime de aquellos que lo conocieron.



Estoy seguro de interpretar el espíritu de todos los colegas numerarios al dar la bienvenida al doctor Francisco Antonio Avelino con la esperanza de que siga haciendo de nuestra corporación una morada intelectual. Y es que su condición de miembro de número desde hoy enriquece el potencial intelectual y moral del colectivo. El doctor Francisco Antonio Avelino es, ante todo, un ciudadano reconocido por el compromiso patriótico invariable que ha mantenido. Desde su juventud, en la década de 1950, tomó postura activa en la oposición a la tiranía trujillista, perteneciendo a varios círculos que combinaban la lucha clandestina con el esfuerzo por la superación intelectual. Le tocó el mérito de ser uno de los fundadores del Movimiento Revolucionario 14 de Junio, en la segunda mitad de 1959, organización en la que se incubó la generación que albergó la culminación de la utopía de gestación de una patria libre y realizada.

Además de su compromiso en el terreno de la política, el doctor Francisco Antonio Avelino ha dedicado su vida a la misión de formar jóvenes en las aulas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Miles de ellos han tenido el privilegio de haber sido oyentes de sus cátedras magistrales de *Historia de las ideas políticas* y de *Historia dominicana*. Como se muestra en la publicación de las notas de cátedra de la *Historia de las ideas políticas*, el escenario universitario ha dado pie a la exposición de un legado de saber y de reflexión cargado de personalidad.

Sus facetas políticas y educativas hacen del doctor Francisco Antonio Avelino un intelectual de marcada autenticidad, en ejercicio permanente del compromiso con la elaboración conceptual, la interpretación de los contornos de la realidad dominicana y la crítica social y cultural. En sus labores de investigador, se ha destacado principalmente por el



examen de la intelectualidad dominicana, especialmente durante el siglo XX. En 1966 publicó un estudio pionero acerca del pensamiento político dominicano, todavía hoy de consulta obligada para los interesados en la temática; un breviario de la condensación de propuestas políticas derivadas de la reflexión acerca de las problemáticas de la nación dominicana por parte de la intelectualidad tradicional en sus diversas vertientes.

Con los años, ha publicado varios textos acerca de la misma temática, en que profundiza las perspectivas enunciadas en 1966 o varía los ángulos del enfoque. Una parte de esas reflexiones están plasmadas en la recopilación de 1995 *Reflexiones sobre algunas cumbres del pasado ideológico dominicano*. El objeto de investigación del doctor Avelino se ha perfilado en un todo integrado que incluye la disquisición acerca de los sentidos de las propuestas civilizadoras, la subsiguiente creación de una tradición ideológica nacional y su conexión con las políticas estatales.

De tal programa intelectual se desprende la tónica del discurso que acabamos de escuchar. Como es característico en su estilo expositivo, parte de la enunciación de una problemática teórica general de la cual deriva la trama ideológica de un sujeto o de una época. Y lo hace atendiendo a resolver temáticas que tocan implicaciones pragmáticas, de forma que, sin abandonar en ningún momento el rigor, analiza los problemas desde la perspectiva del intelectual comprometido.

En *El asesoramiento pedagógico de los gobernantes dominicanos (1900-1961)*, que acabamos de escuchar, presenta un problema importante como es propio de sus disquisiciones, relativo a los alcances de los esfuerzos educativos concebidos para promover a los humanos de acuerdo a la concordia, la justicia y el progreso. Constata que,



en términos generales, los programas educativos han fracasado en este designio, por cuanto todos, como "*topiautopías*" -neologismo suyo referente a una propuesta ideal que no logra trascender los marcos de la realidad- desde los practicados por los mandarines confucianos hasta los de funcionarios leninistas soviéticos, se han limitado a formar minorías. Y es alrededor de ese género de minorías que discurre, particularmente la elite de intelectuales que sirvieron al dictador Rafael Leonidas Trujillo, entre 1930 y 1961.

Para tal efecto rastrea la praxis de las generaciones de intelectuales previas a Trujillo, centrando su atención en los animados por la pedagogía expuesta por Eugenio María de Hostos, sustentada en una moral idealista y en la teoría positivista. Su consideración, en este caso, se orienta a definir los efectos de las propuestas y las prácticas de la intelectualidad.

El hostosianismo, para el doctor Avelino, se saldó en el fracaso, desde el momento en que no logró transformar el funcionamiento de la sociedad dominicana, entre otras cosas porque, como prédica educativa, no traspasó un segmento minúsculo de la población. Los normalistas hostosianos, al igual que sus rivales católicos tradicionalistas, continúa el doctor Avelino, no lograron controlar la corrupción ni contribuyeron a la implantación de un proyecto estable de desarrollo nacional.

Ante este resultado, los intelectuales habrían albergado la inquietud acerca de cuáles vías serían más aptas para la plasmación de un ideario de realización nacional. Tenían a su mano el legado de una propuesta bastante acabada de los contenidos en cuestión, resumida en el programa del Partido Nacionalista, redactado por Américo Lugo, al cual el doctor Avelino le ha dedicado más de un texto.



En este punto retorna al plano teórico, retomando el corolario, acorde con la consideración iniciada por Mencio y reiterada por otros como Platón o Voltaire, de que resulta *“más fácil educar al gobernante que instruir a las grandes masas del pueblo.”* Una porción de la intelectualidad dominicana de la tercera década del siglo XX, de acuerdo a esta propuesta, desencantada por la frustración que conllevó la intervención militar norteamericana, se orientó a la búsqueda de un gobierno civilizador susceptible de poner en práctica el programa de realización nacional. Para tal propósito, algunos llegaron a la conclusión de que el único medio de plasmarlo sería por medio de un hombre fuerte, ajustado a las orientaciones cardinales de dicho programa y capaz de imponer el orden.

Acabamos de escuchar cómo se escenificaron episodios ideológicos dentro de tal tesitura, como una conferencia poco conocida de Max Henríquez Ureña, pronunciada en 1931. El ilustre intelectual, opuesto a la intervención militar del imperialismo años antes, reflexionó en ese texto acerca de lo que califica de irrealismo de Ulises Francisco Espaillat y, por extensión, de Hostos, ya que la legión de maestros por la que abogaban, para lograr tener efectos, tendría que estar respaldada por un ejército de soldados. En otros términos, se infiere que únicamente un autócrata monopolizador de la violencia concentrada en el Estado estaría en condiciones de gestar el orden deseable.

De tal convicción, que entiende ampliamente compartida, desprende el doctor Avelino la empatía de la generalidad de los intelectuales con el esquema trujillista de dominación. Esboza en el discurso la tesis de que, en lo fundamental, no fueron forzados a servir al tirano, sino que lo hicieron por ser los mentores de su programa gubernamental. La frustración sempiterna de las expectativas nacionales los habrían llevado



a renunciar a toda perspectiva liberadora en aras de un proyecto tangible de realizaciones que comportaba la rendición incondicional de la razón de estado.

Refiere el Dr. Francisco Antonio Avelino que algunos de ellos, desde antes de llegar Trujillo al poder, visualizaban en él al salvador autoritario que demandaba el país para resolver sus penurias seculares. Pero no se trató de una relación simple, por lo que el núcleo de esta disertación discurre acerca de las sutilidades que envolvieron la relación entre los intelectuales y el autócrata. En tal sentido, enuncia una propuesta acerca del contenido y los alcances de la participación de la casta intelectual en el orden trujillista. Identifica lo que a su juicio constituyó la función crucial que se autoasignó la intelectualidad dentro del sistema, como animada por el propósito de educar al gobernante, en razón de la centralidad absoluta de sus ejecutorias.

Del otro lado, Trujillo comprendió el papel que le redituaba el cuerpo de letrados, para lo cual lo usó con efectividad única en el decurso de la existencia del Estado Dominicano, al tiempo que lo sometía bajo su férula unificadora. Razona el doctor Avelino que, durante cierto tiempo, la intelectualidad tuvo un amplio margen de incidencia e incluso de cierta autonomía, al grado de que supone que pudo optar por deshacerse de Trujillo; y si no lo hizo fue por la conciencia de que su papel avasallante le resultaba imprescindible. La imagen que se forma del ordenamiento trujillista rememora la utopía platónica, ya que los intelectuales no se reducían a meros consejeros, sino que en virtud de tal posicionamiento, conformaban la pieza clave del manejo del estado. La siguiente afirmación, en referencia a las memorias de Joaquín Balaguer, resume este aspecto de la propuesta.



*“Trujillo era el jefe de un grupo muy selecto de consejeros que orientaron y dirigieron su política de Estado. Relata cómo le ayudaban a enmendar sus errores cuando frecuentemente malentendía o se excedía en la ejecución, muchas veces desnaturalizando las mismas políticas que se querían realizar.”*

Ahora bien, la dimensión absoluta del dominio de Trujillo y su vesania “*óntica*” comportaban que, paralelamente, este pusiese a los colaboradores de más alta jerarquía en situaciones de humillación ignominiosa. Con todo, registra Avelino que, inexplicablemente, Trujillo mantuvo la lealtad del cuerpo de consejeros.

De ahí que, en su consideración, a pesar de los problemas que generaba el tipo de poder absoluto que practicaba, Trujillo lograra poner en ejecución un programa de realizaciones, que tenía por referencia la declaración de principios del Partido Nacionalista y que operó como fuente de recomposición del consenso de la intelectualidad. El desencuentro, de acuerdo al hilo conductor del discurso, solo advino cuando el tirano perdió la *syndéresis* y se salió de los términos del proyecto que había justificado su presencia. De ahí que no considere casual que el complot que llevó a su liquidación tuviera por mentor a Modesto Díaz, uno de los consejeros más influyentes.

No pretendo glosar la vastedad de contenidos de esta disertación, sino llamar la atención acerca de aspectos que confluyen en el núcleo de su propuesta. Me parece que en la misma se abordan problemas interrelacionados de relevancia en la historia dominicana, como son: la naturaleza del proyecto de Trujillo; su relación con la tradición ideológica previa y la función de la intelectualidad en aquel ordenamiento político, de tanta gravitación en el decurso histórico posterior. Estoy seguro que estas reflexiones del querido colega proveen muchos insumos que se agregarán al



*corpus* interpretativo que a ese respecto han construido los investigadores.

Ahora bien, como debe ser tónica de la elaboración historiográfica comprometida, lo que nos acaba de exponer el doctor Avelino se aproxima a una perspectiva pragmática de presente, ya que en la consideración de la función de poder de la intelectualidad resulta factible encontrar claves para la dilucidación de nuestro presente y la consideración de las perspectivas futuras y las vías de inserción de los intelectuales en las propuestas de cambio. La problemática inicial acerca de los alcances de la educación provee la clave al respecto dentro del horizonte dominicano aunque desde una dimensión abstracta. Hasta ahora, como ha afirmado, la educación no ha superado la condición de “*topiautopia*”, y a pesar de esa limitación constituye un instrumento indispensable para el progreso de la humanidad. Por ende, concluye implícitamente nuestro colega, los nuevos avances sustantivos de la suerte de la humanidad comportan recomposiciones de las funciones de la educación, a fin de que alcance a conglomerados crecientes y cumpla su designio de contribuir a conformar sujetos dignos, libres y solidarios.

Estos propósitos están abiertos a su aplicación al escenario dominicano del presente, un requerimiento civilizatorio de urgencia apremiante. Los antecedentes de trayectorias de los intelectuales dominicanos proveen insumos para la investigación de los contornos del presente, la dilucidación de las posibilidades que depara el futuro inmediato y la determinación subsiguiente de las tareas en nuestro escenario histórico determinado para encontrar sendas de realización nacional.

Tal vez lo que nos reserva esta magnífica pieza radique en la pertinencia de un dispositivo ideológico alternativo ante los intelectuales del presente, que permita en primer término el



ejercicio liberatorio de la labor educativa, esta vez dirigida a los más y en su beneficio inmediato. Así el propósito elitista trujillista, consistente en el asesoramiento pedagógico de los gobernantes, está llamado a trocarse en educación popular, en rigor autoeducación liberadora y moral de la colectividad en su conjunto. Ahí radicaría, siguiendo la discursiva del doctor Avelino, el fundamento sustantivo de la utopía superadora de la “*topiautopía*”.

Concluyo, por consiguiente, felicitando calurosamente al nuevo miembro de número, me congratulo a nombre de sus compañeros de la Academia por tan magnífica contribución a la historia dominicana del siglo XX y lo insto a que continúe, en su nueva condición, desde la atalaya de nuestra institución, contribuyendo con su sentido pragmático para que se erija en baluarte palpitante del conocimiento intelectual de la historia dominicana, requisito de la libertad nacional y la dignidad cívica y social.

